

*Era siempre el ocaso
cuando yo empezaba los últimos
diez y siete kilómetros de desbordada languidez
(ellos buscan el polisigno, yo el sentido único,
y es tan difícil clavarlo
en una palabra) después dos veces el puente,
luego el pueblo.
Cierta verano te encontré
tomando el último sol en la terraza.
No sabías que venía a tu casa,
estabas leyendo a Fromm.
En la clara escalera el color
exhibía su novedad
hasta lo alto donde estaba el tiesto con el oleandro.*

*No recuerdo tu cara,
recuerdo el ansia en el abrazo, el oscuro
negarte al saludo con los ojos, vehemencia
de reunir los cabos desatados
de tu hilo de Ariadna.
Minuto por minuto, despacio, aparecía
la evocada quietud de tu mano
cauta al señalar, una vez más en torno a mis espaldas,
el dulce encantamiento de la memoria.
El trecho de nuestra ausencia
volvías a reunir con aquel gesto:
tanteabas la figura dejada en espera
bajo los pórticos de los agricultores
de aquel autobús oxidado, largo, eterno,
veloz en la gran curva tanto
que para ver otra vez
la casa sin nombre, yo vacilaba
perdido ya el equilibrio imaginado
desde la cocina hacia la sombra oscura
de los cerros en la noche.*

*Ser da derecho al amor, no al tener:
tú eras todo esto, yo lo poseía.
Quiere decir que te he amado a contramano.
Mas concédeme al menos la inocencia
de mi cándido creer,
en la máxima relación,*

*también con algo de comercio artesanal,
patética malicia que vuelve astuto
al muchacho junto a' hombre,
el hombre entre los hombres.
Tú eras, yo poseía:
¿de verdad es condición irreversible?*

*Quedan los cerros.
No me importa Fromm,
¡conservo lo que tuve!
la más hermosa estación de mi campo
apagada en la noche,
en las primeras luces de las casas,
en las farolas dispersas que puntean
el tibio crepúsculo.*

ENTRE

*En medio como aguja
de balanza parcial, si queremos,
estamos, mi generación,
(no Pasolini, Pavese, Vittorini
no Machado & Co.)
(mucho menos que todo esto
a tal punto
que no sé cuánto vale
el vocativo)*

*Entre una mujer que debe
decidirse a desechar
de una buena y dolorosa vez
su ajuar de novia
(que por lo menos lo consuma, después de todo)
y un viaje a Turquía
en auto-stop
con veinte mil liras en los bolsillos
y una flauta dulce. Tocaré:
¡himno a la alegría!*

¿CUANTO ME FALTA?

Y en cambio

*Miro una estufa ardiente
y escucho trasoñado
el gran milagro
del tac
de su termostato.*

*¿Cuánto me falta
para decir soy un hombre
que ha comprendido algo
y ha vuelto a escribirlo
en su sintaxis
más exacta
para que no nos traicione
la apariencia?
(¿al menos la apariencia?)*

EL PEOR TIEMPO

*El peor tiempo. ¡Este Marzo!
no es larga su lluviosidad
sino aguda, irregular.
Aquí el gris es más oscuro
que la oscuridad de mis cerros,
el horizonte no te da esperanza.
Llega la vista a un centenar
de metros, la distancia
de los últimos tejados bajos y limpios
por una lluvia densa y violenta
y sin reposo.
Yo podría no pensar y repensar.
Aunque ahora me parezca apagado
el primer deseo
que es hermoso en cualquier poesía
aun en la más dolorosa,
insisto en escrutar esta calle*

*que se refleja y brilla
en las poses más preocupadas:
de mujeres malamente envejecidas
de muchachos sin sonrisa, de hombres
golpeados en su propia ingenuidad:*

*avanzan por la calle bañada
empapados y sin esperanza,
sobre las espaldas
el peso de inútiles puños
en los bolsillos rotos.
Tantos cabellos como pámpanos torcidos
una multitud
de cabellos empapados,
y los zapatos gastados caminan
solos, lentamente.
Se desdobra el cuerpo en la luz
incolora del asfalto mojado,
caminan mirándose
cada uno sus propios ojos, otro
no ven delante.
No ven otros mil brazos
abandonados y débilmente
oscilantes en un caminar de autómatas
que parecen personas
de una ciudad cualquiera,
que ya no están en la cocina
por la tarde a las ocho,
que no toman una taza
de café después de trabajar,
que no corren antes
que el tendero cierre
la cena del barrio.
Hay aún en esa gente
alguna señal
de vivas debilidades
en el desenredar rubios cabellos
arreglados por un buen peluquero
gastando un poco más,
en el constatar con dolor el daño
irremediable
de toda esa maldita lluvia.*

LA MEDIDA

*Me he preguntado siempre
en estos años que monto
palabras sobre esquemas personales, más o menos
—dado que en estos años
aunque si no así
de cerca como hoy
la muerte relativa,
ésa como una larga enfermedad
contagiosa e incurable,
la epidemia de muerte, la amarilla
y la blanca y aquella negra,
me ha caído casi sobre los pies
y no sin algún ruido
que me haya desvelado la presencia
angustiante y nauseabunda
y repelente y odiosamente asquerosa—
Me he preguntado siempre —sin ni siquiera
conseguir sacar de la pregunta
una araña de respuesta, una nada
de este agujero que en el tiempo
me traspasa el cuerpo y el alma
como un carso sin bandera—
Me he preguntado siempre cuál es
el índice justo para apuntar
certero contra los asesinos
porque no sé, y no lo he sabido nunca
con serena claridad,
cuál es la mano que posee
este dedo justo
del cual pueda controlar la medida y el color
para ver si el mío se le parece.*

*Me han dicho que unas manos así
es difícil, muy difícil encontrarlas:
en los bolsillos o puestas en jarras
o sobre frentes espaciosas
o rascando pensamientos y reflexiones,
posadas sobre los volantes de las autopistas
o sobre los brazos de las butacas
de extrañas habitaciones grandes*

*o frotando los ojos cansados
por el argénteo brillo
del primer pie sobre la luna,
se encuentran solamente
manos muy blancas, consagradas
y el color de sus dedos
va de: rosa al rojo.*

Me han dicho:

*para medir tu índice
busca entre la hierba, en los campos
de tierras agrietadas, busca
en el pez que sigue muriendo
dentro del río
dentro del humo, son muchos
no te puedes equivocar,
van de este a oeste sur y norte,
escarba la tierra, mete
tus dedos entre los terrones,
hunde el brazo en las ciénagas
en el empedrado de las plazas
y en el asfalto.
Como tubérculos
estrecharán sin fatiga
millones de índices
y tendrán todos la medida que buscas.*

CONOCER

A T. S. Elliot

*Bajo forma de poemas antiguos
¿quién nos prohíbe en el fondo ser delicados?
si la vara de plata
no calienta ya férvidas imaginaciones,
si unos pasos ligeros
en el diáfano jardín
a nadie calman sino, por el contrario,
trastornan;
el estudio de Faber & Faber Limited,
sus ventanas cerradas con limpias cortinas*

*las fotos las recuerdo reposadas y en su lugar
sobre las paredes lisas
la tranquilizante butaca detrás del escritorio
medio cubierto de libros, y bien
todo esto nos resulta confortable
nos da una pacata nostalgia de nosotros mismos
nos puede aún indicar claramente
cuál es la calle que hemos perdido
en tantos años de tedio desorganizado,
y los laberintos de deseos inexactos, las carreras
hacia inútiles o muy efímeros paisajes
nos permite evitar o rehusar in extremis.
Y aún
este es un discurso que no da
exacta cuenta
de lo que nos agita delicadamente,
no es ésta la sensación que vive
a pesar del repetido tedio.
Quisiéramos devanar el presente
mas no tenemos tiempo para empezar,
ya está todo en el pasado,
y quisiéramos ver y reconocer
lo que nos gusta del presente:
conocer el sentarse ante una mesilla iluminada
conocer la toma de la pluma entre los dedos
conocer las filas negras de las palabras
conocer la puerta que se abre hacia el silencio y se cierra en él
conocer la pausa entre pensar y pensar
conocer el apoyarse en el brazo de la butaca
para escribir más cómodamente
conocer los mordiscos improvisados del descontento
semiadormecido hasta este momento
conocer la inutilidad de todo esto por aquellos
que viven a nuestro lado
conocer el envilecimiento que se apaga
después de estos últimos conocimientos enumerados
conocer que no se puede
conocer la esperanza en el presente.*

ARNALDO EDERLE

Vía G. Bravo, 33
VERONA (Italia)